

Memoria política de los gestos cotidianos

Cristina Raschia*

Resumen:

A partir del libro “*Memorias de una presa política*”, escrito por Graciela Lo Prete en el exilio basándose en apuntes registrados durante su permanencia en la Cárcel de Villa Devoto, en 1976 y el documental “*Memoria de un escrito perdido*”, de mi autoría, construido sobre la historia del texto de Lo Prete, extraviado en 1983, encontrado en el 2000 y editado en el 2005, me propongo reflexionar sobre el rescate de los gestos que construyen la historia desde la política de la vida cotidiana: los afectos, las relaciones humanas, el apego a las pequeñas cosas, los múltiples recursos de resistencia de las personas en situaciones límite, la capacidad de recomenzar la vida entre rupturas y continuidades.

* Realizadora Audiovisual

Memoria política de los gestos cotidianos

Quizás no haya facultad humana más selectiva que la memoria. Más subjetiva. Más imperfecta. Más parcial. Sin embargo, la historia de los pueblos se construye sobre su memoria. Las pertenencias, la cultura, el idioma, el ser nacional, el inconciente colectivo que unifica y se constituye en Nación, todo eso se construye sobre la memoria. El relato de hechos acontecidos, oral o escrito, que se transmite de generación en generación.

¿Transmitimos lo que sucede o transmitimos lo que queremos que permanezca? “Si la historia la escriben los que ganan, eso quiere decir que hay otra historia...” escribe Litto Nebbia, y continúa: “la verdadera historia, quien quiere oír que oiga...”

La verdadera historia... ¿La de los vencidos es la verdadera historia? ¿No se construye también una historia desde la justificación de la derrota? ¿No se construye también una historia emocional heroica para poder soportar el dolor de la derrota?

Si el triunfo hubiera acompañado siempre solamente a los perversos, no tendríamos historia. Jamás hubiéramos superado la horda. O nos hubiéramos matado entre todos/as, desapareciendo de la faz de la tierra.

La memoria es entonces un hecho profundamente subjetivo y cultural pero es también un hecho profundamente político. Porque los imaginarios sociales que regulan las relaciones humanas se construyen sobre la memoria.

Me tocó ser joven en una época difícil y maravillosa: intensa, contradictoria, apasionada. Fui presa política entre setiembre de 1975 y diciembre de 1976. A los 22 años. Más allá de cualquier otra consideración, esa experiencia de 15 meses (muchísimos para mí pero tan pocos comparados con la prisión de otras compañeras) me dejó huellas que permanecen hasta el día de hoy.

Pero quizás lo más importante fue que pude compartir con mujeres protagonistas de la historia reciente argentina, sus vidas cotidianas y su sobrevivencia en situaciones extremas.

Siempre tuve la intuición (no me gusta hablar de certezas) de que desde allí también se construía la memoria. En el gesto cotidiano del que yo era una observadora privilegiada durante 24 horas al día. Qué humor tenés cuando te levantás, qué preferís para el desayuno, con qué tono suenan tus primeras palabras en la mañana, qué y cómo comés, cómo y cuándo te bañás... Pero lo fundamental: cómo funcionan tus convicciones en el trato directo y desnudo de la vida cotidiana. El transcurso detrás del discurso.

Es curioso cómo el hecho de estar privadas de la libertad, gravísimo de por sí, pasa a segundo plano en nuestro relato y nuestra memoria ante la brutalidad de los hechos que acompañaban a esa privación: tortura, maltrato, castigos físicos y psíquicos, incertidumbre respecto del futuro mediato e inmediato.

Cuando recuerdo aquellos días no recuerdo la privación de la libertad, recuerdo el miedo y la incertidumbre cotidianas, el no saber cuándo iba a salir de allí,

recuerdo las insensateces y el maltrato gratuito de los carceleros, ese estado de esquizofrenia a que fuimos sometidas, esa situación casi surrealista que nos arrancaba antes una sonrisa o una carcajada, que un llanto de dolor. Por lo absurda y desmedida. Puesta a recordar... pienso ahora que recuerdo los olores, esos olores nauseabundos del encierro.

Graciela Lo Prete fue una observadora feroz de estos detalles. Lo conversamos muchas veces en los escasos 12 meses que compartimos en la cárcel de Villa Devoto.

Estábamos rodeadas de compañeras militantes de las más variadas organizaciones políticas, en una época en la que el sectarismo era la norma de conducta que certificaba la consecuencia ideológica. Incomunicadas con el afuera, donde la realidad se fue tornando cada vez más peligrosa e impredecible, nuestras capacidades para enfrentar los desafíos de la vida cotidiana fueron puestas a prueba hasta sus últimas consecuencias.

Con Graciela nos conocimos en el penal de Villa Devoto el 30 de diciembre de 1975 y nos separamos el 23 de diciembre de 1976. Nunca más volvimos a vernos. Ya en libertad, ella en París y yo en Mendoza, intercambiamos una nutrida correspondencia hasta pocos meses antes de su suicidio, en agosto de 1983, semanas antes de cumplir sus 40 años.

Graciela llevaba un detallado diario de la prisión que pudo preservar de las requisas sacando los textos camuflados como cartas a su padre. Cuando salió en libertad, encaró la obsesiva tarea de ordenar los escritos con la premura de enriquecerlos con la memoria fresca de los hechos acontecidos, antes que se los fagocitaran los años, la selectividad y el olvido.

Mi película “Memoria de un escrito perdido”, realizada en el 2010, recoge parte del relato presente en sus escritos, de boca de algunas de las principales protagonistas (35 años después), y cuenta también la forma inesperada como esos textos se transformaron en libro a 22 años de haber sido dados por desaparecidos, bajo el nombre de “Memorias de una presa política 1975-1979”

La memoria de Graciela es una memoria que elige el gesto a la gesticulación, la palabra al enunciado, el acto a la actuación. Su mirada se posa intencionalmente sobre las contradicciones que se ponen de manifiesto en la convivencia de un colectivo solemne que se define a sí mismo como capaz de construir un mundo mejor. Y que “patina” en los momentos más inesperados del ejercicio cotidiano de la convivencia. Para recuperar su rica dimensión humana y revolucionaria en el simple gesto de tejer un gorrito a escondidas para darle una sorpresa a una compañera el día de su cumpleaños.

El episodio de “las prescriptas”, por ejemplo, es un espléndido retrato de la precariedad del mero discurso para sostener conductas de la vida cotidiana en situaciones extremas. Cuenta Graciela:

“Todas las detenidas que comprobaran ante el médico clínico alguna dolencia del aparato digestivo, recibían la prescripción de un régimen especial que consistía en un trozo de carne o de pollo y alguna verdura. A esos platos los llamábamos «prescripciones» y a las compañeras que las recibían les fue quedando las «prescriptas».”

“[...] Apenas había llegado yo, cuando hubo una escena dramática por la cuestión de las prescripciones. Éramos 25 en la sala, y de cocina llegaban 25 porciones de comida común, más siete u ocho prescripciones para las que lo habían solicitado. Entonces, si la comida no era buena, que era lo más frecuente, sobraban platos.”

“Pero ese día era sábado o domingo, las celadoras aparecieron con una bandeja llena de pequeñas milanesas, para las «comunes». En la bandeja de las prescriptas, había ocho bifés de hígado asados. Ellas pidieron a la fajina del día su correspondiente milanesa, con lo que las demás no pudimos repartirnos las ocho que hubieran sobrado si las prescriptas hubieran comido el hígado. María estaba furiosa.”

“- Eso no es justo. Las compañeras que tienen prescripción comen mejor todos los días. Nunca se les pide que repartan lo suyo o conviden porque sea más rico. Y cada vez que la comida de las demás es buena, cada vez que hay milanesas, les desaparecen de golpe las úlceras o los problemas de hígado. ¿Qué pasó ahora con las enfermas del hígado? ¿Dónde están?” (Memorias de una presa política, La Lobre, 2006: 53)

María, la delegada del pabellón, no es otra que Ángela Auad, una de las mujeres posteriormente desaparecida en el secuestro canalla de la Iglesia de la Santa Cruz, el 8 de diciembre de 1977.

Porque esa delegada furiosa por la conducta mezquina de sus compañeras en el acto cotidiano del almuerzo mantuvo su furia solidaria y cuando recuperó su libertad, a fines de 1975, se sumó a la lucha por la libertad de los presos políticos y por la búsqueda de los desaparecidos, hasta ser ella misma una desaparecida arrojada al mar en un vuelo de la muerte.

Pero como expresa el relato de “las prescriptas”, es necesario recordar que junto a la generosidad sin límites se hizo presente también el egoísmo más infantil. Junto al valor inesperado que de pronto descubríamos en nosotras, aparecía el terror más profundo. Junto a las convicciones más humanitarias, el sectarismo más desgarrador. Junto a los discursos más democráticos, el autoritarismo.

Todas éramos hijas de una cultura milenaria que vinculaba lo político a lo masculino, en la medida en que ambos habían confluído en el espacio público siglo tras siglo. En Argentina fuimos la primera generación de mujeres que asomó masivamente a la escena política con decisión de participar activamente en el espacio público. Hay valiosos antecedentes individuales, pero no como generación.

Sin embargo, y a pesar del discurso igualitario de las organizaciones revolucionarias, todas nos habíamos visto subordinadas no solamente a mandatos masculinos respecto de la forma de encarar la solución de los conflictos públicos y privados, sino también a la autoridad del hombre y su primacía en el momento de la distribución de las responsabilidades de mando.

En la cárcel la convivencia cotidiana sólo con mujeres y el estado de vulnerabilidad siempre en el límite de las propias fuerzas puso de manifiesto más de una vez que las heroicas conductas aprendidas de la mano de los

mandatos masculinos no resultaron ser los mejores recursos a la hora de proteger la integridad propia y ajena.

Esa primacía del discurso masculino se potenciaba en el caso de compañeras vinculadas con organizaciones armadas. La disciplina militar copiada del modelo clásico de los ejércitos del mundo actuó como contrabando ideológico de posiciones rígidas que en muchos casos llegaron al totalitarismo. El refugio en el “cuerpo” colectivo hecho de normas y subordinación atentaba en esos casos contra la consolidación de un cuerpo más amable y protector, construido desde el afecto y la comprensión.

Antes por intuición que por convicción, a medida que pasaban los meses algunas fuimos descubriendo un código común que nos pertenecía, un código de género que encontraba respuestas húmedas en espacios secos, matices en discursos cerrados, grietas creativas en los muros más sólidos.

La noche de su llegada a Villa Devoto, relata Graciela:

“Inés me proporcionó una toalla, jabón, ropa interior. Me mostró el baño:

- El agujero de la izquierda (los water) está tapado, la ducha es eléctrica, cerrala un momento después de apagar el interruptor así el agua se va enfriando. Esas ojotas de goma son para el uso de todas.”

“Cuando salí del baño mi cama estaba hecha e Inés me despidió con un beso.”

“Sentí sobre la piel el algodón burdo de las sábanas como si fuera un hilo finísimo. Veía los veinte bultos de las mujeres durmiendo recortándose en la penumbra, escuchaba su respiración. Me sentí enteramente feliz.” (Memorias de una presa política 1975-1979, La Lobre, 2006: 23)

Ese “gineceo” en el que nos vimos obligadas a convivir, a muchas nos permitió encontrarnos con espejos femeninos de los que habíamos huído en la adolescencia, asustadas por la imagen doméstica y reprimida que nos devolvía nuestra madre en la mayoría de los casos. Nos dimos cuenta de que nos habíamos reflejado demasiado en el espejo masculino, urgidas por nuestro profundo deseo de ingresar a los espacios que ellos ocupaban hegemónicamente.

“No sin asombro, encontré en estas memorias, más sometimiento de las mujeres a los hombres del que estaba dispuesta a reconocer hasta su lectura”, dice Cristina Feijóo en su prólogo al libro de Graciela Lo Prete. (Memorias de una presa política 1975-1979, La Lobre, 2006: 18)

La construcción de la memoria histórica y política en los años posteriores a la dictadura militar ha pasado por variadas etapas y discusiones intensas. De la teoría de los dos demonios a la de víctimas y victimarios, de la negación del compromiso político de los presos y desaparecidos a la exaltación heroica.

Más allá de la necesaria reflexión en todos los ámbitos de las ciencias sociales, creo que sin una mirada lúcida y desinhibida sobre la subjetividad de quienes integramos ese colectivo social, no hay modo de establecer lazos y puentes emocionales y afectivos con las nuevas generaciones que no participaron de esa etapa de la historia.

Escribí y dirigí “Memoria de un escrito perdido”, mi película documental, con la mirada puesta en el rescate de esos gestos mínimos que expresan una profunda convicción en la capacidad de las personas para construir un mundo más justo y solidario. Lejos del heroísmo, lejos del discurso épico que congela la riqueza de la diversidad y el pensamiento.

Cuando Graciela relata las dudas, debilidades y contradicciones de las mujeres que fuimos sus compañeras en Villa Devoto, además de las suyas propias, nos pone frente a un sujeto real con el que podemos identificarnos. Entonces, la militancia cobra otra dimensión moral.

Leer las páginas escritas por Lo Prete es indagar en esas profundidades de la vida cotidiana donde se jugaban nuestras convicciones y nuestra formación política. Nuestra capacidad para “ser en el mundo”.

“La suya es una descripción medular, que elude interrogantes contingentes y busca el hueso del debate: la naturaleza del poder y el significado de una moral revolucionaria” define con precisión Cristina Feijó en el prólogo citado.

Un debate que el ejercicio de 35 años de democracia burguesa (porque sí, no es pecado ponerle el apellido de clase y reconocer con dolor que es la única que hemos podido sostener) actualiza de manera perentoria.

¿Dónde anidan las verdaderas mordazas represivas que nos impiden subvertir un orden social a todas luces injusto? ¿Cuál es el punto de quiebre donde la moral revolucionaria se transforma en cortesana? Y desde el otro extremo: ¿cuál es el punto donde por no quebrarse se enferma de solipsismo?

A nosotras que soñábamos con la revolución, nos tocó luego revalorizar la democracia burguesa que despreciábamos con desdén. Como debimos aprender en la cárcel a convivir con las diferencias en discusiones interminables sobre la forma más justa de distribuir los cigarrillos, el chocolate, el jabón o el desodorante... ¡¡Con el mismo fervor y las mismas herramientas teóricas con que discutíamos el camino hacia la toma del poder!!

Al respecto, permítanme compartir una deliciosa reflexión de Graciela, no exenta de su fino sentido del humor, al cabo de un intenso debate para establecer la forma más justa de compartir los escasos artículos de tocador de los que disponíamos:

“ - Ahora, yo me pregunto con qué proyecto político puede tener que ver la propuesta de las chicas de socializar la ropa y los efectos personales, y encuentro que con ninguno! Porque el ERP tiene su modelo de sociedad socialista sin etapas, y ustedes las peronistas en cambio no piensan en la abolición inmediata de todas las formas de propiedad privada y tampoco ustedes –yo me dirigía a Inés– que hablan de sociedad democrática popular. Pero aún ubicándonos en el socialismo puro del ERP, no?, extremando las cosas hasta la expropiación de la mediana y pequeña industria póngale, se puede saber dónde se vio la socialización de la ropa y los artículos de tocador, en qué país socialista? No están delirando un poco?” (Memorias de una presa política, La Lopre, 2006: 113)

El sueño de un mundo más justo que compartíamos más allá de nuestros diferentes orígenes y convicciones políticas, se nos vaciaba en las manos cada vez que intentábamos meter nuestra compleja realidad cotidiana en los moldes cristalizados por los mandatos de las diferentes organizaciones.

Una vez en libertad, disparadas a distintos espacios y lugares del planeta, víctimas de aquella diáspora que fue el sálvese quien pueda desencadenado por la feroz represión de la dictadura, quienes pudieron preservar la sensibilidad y anclar su supervivencia en la tibieza del abrazo, la mano tendida y el deseo, fueron capaces de reconstruir el nido desde donde volver a empezar, o simplemente continuar.

El discurso heroico y épico se parte con la misma dureza y velocidad con que se construye, dejando a su enunciador/a devastado/a e intoxicado/a de resentimiento.

Las delicadas redes tejidas desde la subjetividad y las propias debilidades asumidas como tales, con una imprescindible cuota de humor, resultaron más sólidas que el acero de las estatuas y, como el agua, invencibles.

Bibliografía

- 1) La Lopre, 2006, Memorias de una presa política 1975-1979, Grupo Editorial Norma
- 2) Raschia, Cristina, 2010, Memoria de un escrito perdido, Película documental, 52 minutos, DOCTV y Tangofilms